

24/2014

9 abril de 2014

*Ignacio Fuente Cobo*

LAS GUERRAS IDEOLÓGICAS Y EL  
PENSAMIENTO MÁGICO

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

## LAS GUERRAS IDEOLÓGICAS Y EL PENSAMIENTO MÁGICO

### Resumen:

La visión ideológica de los conflictos durante la última década ha sido uno de los motores que han impulsado las intervenciones militares en lugares como Afganistán, o Iraq. El problema que presenta esta concepción de las operaciones, es que se traduce en unos niveles de expectativas muy altos en relación con los esfuerzos que estamos dispuestos a asumir, lo que lleva a la formulación de estrategias defectuosas y al estancamiento de los conflictos. El empleo de concepciones ideológicas facilita la intervención militar, pero no es suficiente para producirla y menos aún para resolverlas. Para esto se requieren, además, otras motivaciones más sólidas y más próximas al realismo político y a la defensa del interés nacional. Por tanto, si se quiere tener éxito en los conflictos modernos, es preciso diseñar estrategias coherentes que comiencen con la situación final deseada y a partir de este punto, definir la forma de llegar a la misma y los medios para conseguirlo, lo que exige limitar el nivel de ambición y comprometer unos medios adecuados a los objetivos que se establezcan.

### *Abstract:*

*One of the main reasons for military interventions in the past decade's conflicts in theaters like Afghanistan or Iraq, has been the ideological vision of the conflicts. The problem that poses this operational concept is that the level of ambition it demands is very high commensurate to the military efforts we are ready to assume. That translates into default strategy and conflict's stagnation. We can say that ideological concepts make military intervention easier but it's not enough to produce it and much less to win. In order to achieve it stronger reasons are required closer to political realism and the defense of the national interest. Therefore, to succeed in modern conflicts coherent strategies are demanded, strategies that start with the wished endstate and continue with the definition of the way to get there and the capabilities required. That demands to limit the level of ambition and to compromise means in accordance with the objectives.*

### Palabras clave:

Ideología, Nivel de Ambición, Doctrina COIN, Pensamiento Mágico, Objetivos.

*Keywords: Ideology, Level of ambition, COIN Doctrine, Magic Thinking, Objectives.*

## LA VISIÓN IDEOLÓGICA DE LOS CONFLICTOS

Al comienzo de la invasión de Afganistán, el pensamiento dominante era que las raíces del mal se encontraban en las propias sociedades árabes y que para evitar que volvieran a repetirse actos como los del 11-S, los Estados Unidos tenían la obligación de emplear su formidable poder militar, aunque fuera unilateralmente como catalizador de transformación en un gigantesco proceso de re-ingeniería social. De esta manera - y como afirmara el presidente Bush -, el objetivo estratégico de la invasión de 2001 debía ser el de construir una democracia floreciente que sirviese de alternativa a una ideología odiosa.

Ahora bien, con la perspectiva que nos proporcionan los años transcurridos desde el comienzo de la invasión de Afganistán, podemos decir que la visión ideológica de la guerra se tradujo en la formulación de unos niveles de ambición inalcanzables para las fuerzas militares, de manera que lo que inicialmente fueron concebidas como campañas militares limitadas, terminaron por convertirse en guerras interminables cuyos objetivos finales eran cada vez más cuestionados. Al final terminó por caerse en el mismo error de Vietnam, en el que el viejo cliché decía que, más que una guerra de diez años, se trató de una guerra de un año repetida diez veces.

El problema que plantean las guerras conducidas por razones ideológicas, aunque no es exclusivo de estas, es que cuando los soldados son enviados a los teatros de operaciones el nivel de expectativas es muy grande y se espera que el éxito se logre en plazos muy breves. Por eso los procesos de planeamiento se hacen para periodos de tiempo cortos, normalmente el que duran los comandantes militares y muy pocas veces se planea para paliar las consecuencias futuras de las decisiones que se toman en los momentos previos. Se llega así a una situación muy difícil porque en teatros donde la principal amenaza es la insurgencia, el diseño de estrategias coherentes exige un compromiso de varios años para que estas puedan ponerse en marcha y muchos más para que puedan tener éxito.

El reconocimiento de los riesgos de las guerras ideológicas ha sido expresado con toda su crudeza por el que fuera Embajador en Afganistán General Karl Eikenberry al afirmar que, *“cuando se entró en Afganistán, nadie, ni la comunidad internacional, ni los norteamericanos, ni los propios afganos, comprendieron el nivel de esfuerzo requerido para lograr las metas y objetivos que se habían marcado”*<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Karl Eikenberry Former general talks on U.S. war. THE TARTAN, Carnegie Mellon's Student Newspaper Since 1906. Disponible en <http://thetartan.org/2013/9/30/news/eikenberry>.

El peligro que se corre cuando se opera por consideraciones ideológicas es que los líderes políticos, pero también los jefes militares, terminan haciéndose intelectualmente arrogantes y operativamente rígidos. Y ello les lleva a no reconocer que los asuntos complejos de seguridad difícilmente pueden ser resueltos con soluciones sencillas, y que confiar para resolverlos exclusivamente en el empleo de fuerzas militares, normalmente produce serios fracasos en los niveles estratégico y operacional.

### LOS FUNDAMENTOS IDEOLÓGICOS DE LA DOCTRINA DE CONTRAINSURGENCIA

Un caso muy claro relativo a la influencia de las consideraciones ideológicas, es el relativo a la validez de la doctrina militar con que deben actuar las Fuerzas Armadas. Esta doctrina conocida como de contrainsurgencia, o COIN, fue formulada conjuntamente por el que fuera Comandante del Mando Central norteamericano - y posteriormente responsable de su Agencia Central de Inteligencia -, General Petraeus, junto con el profesor Davis Kilkulen, siendo la que prevalece en nuestros días. La misma defiende que no se pueden vencer las guerras contra las insurgencias solo mediante el empleo de la fuerza militar, sino que para ello es preciso ganarse los corazones - y con ello las mentes - de las poblaciones donde se interviene<sup>2</sup>. Dicho en otras palabras, lograr el objetivo de seguridad en lugares como Afganistán exige un compromiso fundamental con la construcción del país, con el “*nation-building*”, que vaya más allá de la simple ocupación militar del país. De esta manera, los términos Contrainsurgencia y Reconstrucción nacional se convierten en platillos intercambiables de una misma balanza.

Ahora bien, esta doctrina militar tan sugerente como ideológica, es más fácil de formular que de poner en práctica. En primer lugar, porque supone asumir una presencia seria y prolongada en el tiempo que los gobiernos y las opiniones públicas se muestran reacios a aceptar, y en segundo lugar, porque también exige una expansión extraordinaria de la misión tradicional de las fuerzas militares que es la de vencer militarmente. Por ello, la simple idea de que la victoria final únicamente es posible mediante la reconstrucción integral del país, provoca normalmente serias reticencias entre los responsables políticos y militares por el coste muchas veces inasumible de la misma.

---

<sup>2</sup> Ver FM 3-24 Counterinsurgency o ver artículo Counterinsurgency Redus publicado en la revista Survival 2006-2007.

Por otra parte, esta doctrina resulta incompleta desde el momento en que parece aceptar que en las modernas contrainsurgencias la victoria puede que no sea total, y que lo más que se puede lograr es la contención permanente de los grupos insurgentes o terroristas. De esta manera, las guerras se convierten en algo parecido a lo que – en términos económicos – es un mercado competitivo y violento en el que ningún actor puede aspirar al dominio completo, a la victoria estratégica. Como mucho puede aspirar a maximizar su ventaja sea esta militar, política, o económica.

Dado que la victoria completa no se puede lograr, este concepto se va paulatinamente degradando hasta que es finalmente sustituido por la idea sencilla de que resulta suficiente una salida más o menos digna, con las consecuencias que ello implica. Al final se termina por aceptar estrategias de salida que no están orientadas a conseguir la victoria, por lo que deben considerarse simples planes de salida, más que estrategias encaminadas al éxito.

Las limitaciones conceptuales de esta doctrina de contrainsurgencia, parece haber sido entendida de una manera muy evidente en las operaciones en Libia. En este conflicto, nadie planteó - ni en la resolución de Naciones Unidas que legitimaba la intervención, ni en las declaraciones de los principales líderes occidentales -, la necesidad de comprometerse con la reconstrucción del país que predica la doctrina COIN, un objetivo que desde el primer momento se entendió como demasiado lejano y demasiado ambicioso para las fuerzas militares allí comprometidas.

La consecuencia que se extrae es que resulta mucho más fácil intervenir con fuerzas militares, cuando no se está sometido a la presión de tener que dejar detrás un gobierno estable o un estado reconstruido, y se asume la posibilidad de que lo que finalmente resulte, sea otro gobierno más o menos democrático, pero con una cara amable. De esta manera, todo resulta mucha más sencillo desde el momento en que sabemos que las labores de la reconstrucción que tan penosas resultan para las fuerzas militares y la responsabilidad de modernizar la economía y poner en marcha nuevas estructuras políticas, recaen en las propias autoridades nacionales.

## **IDEOLOGÍA Y “PENSAMIENTO MÁGICO”.**

El mayor peligro que se corre al emplear las fuerzas militares partiendo de bases ideológicas, es el de caer en lo que puede definirse como “*pensamiento mágico*”, entendido como aquella forma de razonamiento causal que asume que existe una correlación inevitable

entre ciertas decisiones o actos que tomamos y los resultados que pretendemos. El ejemplo más claro sería el de la danza de la lluvia en el que se puede llegar a creer que existe una relación directa entre la ejecución de determinadas danzas y la producción de lluvia. Esto puede que sea cierto en el terreno de la fe o de la magia, pero en estrategia no es así y tampoco lo es en el empleo de las fuerzas militares.

En 2002 el pensamiento mágico asumía que Afganistán era seguro y que solo era necesario reconstruir el país para crear una situación de normalidad. En 2006 los talibanes habían regresado al interior del país y el pensamiento mágico asumía que bastaba con aumentar gradualmente el número de tropas para lograr su erradicación. Análogamente, en 2009 en medio de una fuerte retórica sobre las bondades de la doctrina de contrainsurgencia, el pensamiento mágico afirmaba que imitando la famosa “Surge” aplicada en Iraq unos años antes, se conseguiría revertir la situación. Finalmente, en 2011 se pensó que podía diseñarse una estrategia de transición que permitiera una retirada total de fuerzas en el 2014, basada en la idea de que en esta fecha las fuerzas afganas serían capaces de garantizar la seguridad del país. Pero actualmente no tenemos ninguna garantía de que esto realmente vaya a ser así. Al contrario, los problemas que se están planteando en cuanto al traspaso de responsabilidad y en cuanto a la propia financiación futura del ejército y de las fuerzas de seguridad afganas, nos hacen sospechar que la idea de un Afganistán pos-intervención internacional libre de talibanes, puede ser otro ejemplo de pensamiento mágico.

Un caso paradigmático de pensamiento mágico en el nivel operacional, ha sido la construcción de carreteras en Afganistán. La idea prevalente desde los tiempos de los romanos es que las carreteras son una herramienta magnífica para proyectar el poder militar, expandir la acción de gobierno y el imperio de la ley y facilitar el desarrollo económico. Es decir han sido vistas como la solución sencilla para resolver los problemas de seguridad, especialmente en las zonas rurales. Pero las carreteras son solo carreteras, por lo que también pueden ser utilizadas por la insurgencia para sitiar pueblos, capturar distritos completos, atacar civiles y ejecutar complejas emboscadas contra las fuerzas internacionales. Así ha ocurrido en Afganistán donde la construcción de carreteras pavimentadas, más que aumentar la seguridad, la ha disminuido al facilitar el movimiento y la actividad de la insurgencia.

## CONCLUSIONES

El empleo de concepciones ideológicas, facilita la intervención militar pero no es suficiente para desencadenarla. Para ello se requieren además otras motivaciones más sólidas y más próximas al realismo político y a la defensa del interés nacional. Solo así, desde esta visión, podemos entender por qué fue relativamente fácil intervenir en Libia al amparo de un concepto tan ideológico como es la responsabilidad de proteger, pero no ha sido posible conseguir lo mismo hasta la fecha en el caso de Siria, donde siguen produciéndose graves violaciones de los derechos humanos, como hace décadas tampoco lo fue en Camboya, el Congo, o Ruanda.

No podemos afirmar que la ideología vaya a desaparecer como un elemento importante a la hora de decidir el empleo de fuerzas militares en los conflictos futuros, pero sí que su función tiende a quedar reducida a actuar como un potenciador de la decisión política y un catalizador de la voluntad popular. Bajo estos parámetros se decidió la intervención en Libia con la misión *“Unified Protector”*<sup>3</sup>. En esta Resolución se autorizaban *“todas la medidas necesarias para proteger a los civiles y las zonas pobladas por civiles bajo amenaza de ataques”* si bien se excluía *“una fuerza extranjera de ocupación de cualquier tipo y en cualquier parte del país”*.

La consecuencia que se extrae en cuanto al empleo de las fuerzas militares es que, si no se quiere caer en concepciones ideológicas, hay que partir del convencimiento de que el éxito en los conflictos modernos, requiere diseñar estrategias coherentes, en las que se comience con la situación final deseada y a partir de allí ir hacia atrás buscando definir la forma de llegar a esa situación final y los medios para conseguirla. Es lo que hace ya algunos años el General Alonso Baquer llamaba una estrategia de los fines (el que), los modos (el cómo) y los medios (el conque)<sup>4</sup>.

El problema que nos encontramos es que, si hacemos este análisis inverso de una manera honesta, podemos llegar a la conclusión de que normalmente no disponemos - o no estamos dispuestos a empeñar - los medios necesarios para llegar a la solución deseada, dada la naturaleza de los conflictos modernos y la incertidumbre sobre el resultado final, por lo que nos hacemos reacios al empleo de las fuerzas militares en operaciones de intervención complejas. Siria o Irán serían ejemplos paradigmáticos de estas consideraciones.

---

<sup>3</sup> Aprobada por la resolución 1973 de Consejo de Seguridad el 17 de marzo de 2011.

<sup>4</sup> Miguel Angel Alonso Baquer, *¿A qué denominamos guerra?* Ministerio de Defensa, 2001.

La conclusión que se extrae y que hemos aprendido estos últimos años es que, si no estamos dispuestos a aceptar un elevado nivel de compromiso y de sacrificio, incluyendo la necesidad de permanecer durante mucho tiempo, resulta preferible y desde luego mucho más realista, limitar el nivel de ambición y definir unos objetivos que sean adecuados a los esfuerzos que estamos dispuestos a realizar. Esta lección parece que la hemos aprendido para Somalia donde nos conformamos ahora con algo tan limitado como luchar contra la piratería, o en Siria donde ni siquiera se ha contemplado hasta la fecha la posibilidad de una intervención abierta.

*Ignacio Fuente Cobo  
COL.ET.ART.DEM  
Analista del IEEE*